

sus obras sobre física, legislación y moral, persuadiéndonos de que todas las demás particularidades de su sistema se derivan directa y casi necesariamente de esta particularidad.

El espíritu que anima el pasaje de Séneca citado ántes, ha sido el inspirador de la filosofía antigua desde los tiempos de Sócrates, y ha prevalecido en inteligencias con las cuales no es posible comparar ni por un momento la de Séneca; porque así predomina en los diálogos de Platon, como se advierte de muy perceptible manera en muchas partes de las obras de Aristóteles, y que al decir de Bacon débese de atribuir en gran modo á la influencia de Sócrates la propagacion y ascendiente de la idea; que nunca estimó el gran filósofo inglés como suceso feliz la revolucion verificada por Sócrates en la filosofía, y sostuvo constantemente que los primeros pensadores de la Grecia, y en particular Demócrito, aventajaron, á pesar de todo, á sus más renombrados sucesores (1).

Porque si juzgamos del árbol que plantó Sócrates, y cultivó Platon, por sus hojas y sus flores, fuerza será decir que ninguno le iguala en hermosura; mas si nos valemos para examinarlo de la ciencia práctica de Bacon, y lo juzgamos por sus frutos, acaso modifiquemos nuestras ideas, pensando de él menos favorablemente. Ni tampoco puede ser de otra manera si hacemos la suma de todas las verdades útiles que debemos á esa filosofía. Pues si hallamos en ella pruebas abundantísimas de que había entre quienes la cultivaban hombres dotados de clara y

(1) *Novum Organum*, lib. I, Aph. 71, 72. *De Augmentis*, lib. III, cap. IV. De principiis atque originibus. *Cogitate et Visa*, Redargutio philosophiarum.

superior inteligencia, y en sus escritos modelos incomparables del arte de la dialéctica y de la retórica, reconociendo la utilidad de las controversias de los antiguos en tanto cuanto servian á ejercitar las facultades de los antagonistas, punto de vista bajo el cual no hay controversia, por insignificante que sea, cuya utilidad no se demuestre, cuando le pedimos algo más, algo que aumente el bienestar ó disminuya el sufrimiento de la raza humana, hemos de confesar con Bacon que tan decantada filosofía no es eficaz sino á facilitar las disputas, que no fué viña ni olivar, sino espeso bosque trabado de jaras y espinos, de donde los extraviados volvían siempre con hambre y el cuerpo cubierto de innumerables rasguños (1).

Dispuestos estamos á reconocer que algunos de aquellos que predicaron y enseñaron tan estéril sabiduría tienen su asiento entre los hombres más ilustres que hayan existido, y por tanto, si convenimos en la justicia del fallo pronunciado por Bacon, lo hacemos con igual sentimiento que Dante al conocer la suerte aciaga de los paganos ilustres condenados al primer círculo del infierno, cuando dijo:

Gran duol mi prese al cuor quando lo'ntesi,
Perocche gente di molto valore
Conobbi che'n quel limbo eran sospesi.

Y esta misma grande admiracion que sentimos por los filósofos eminentes de los tiempos antiguos nos obliga más á decir que hicieron sistemáticamente mal uso de sus facultades. ¿Cómo, si no, ingenios tan esclarecidos hubieran hecho tan poco en

(1) *Novum Organum*, lib. I, Aph. 72.

bien de la humanidad? Porque del propio modo que un andarín desarrolla tanta fuerza muscular haciendo ejercicio en uno de esos aparatos llamados tornos disciplinarios como marchando á campo travieso, y que mientras en este caso su vigor lo lleva siempre adelante, en el otro no gana una pulgada de terreno; también así la filosofía de los antiguos, aparato de controversias interminables, y por decirlo así giratorias, era torno disciplinario de la inteligencia y máquina para ejercitar las fuerzas, no vehículo de progresos. Por tal manera, siempre que consideramos las doctrinas de la Academia y del Pórtico, aún en medio de la espléndida magnificencia de que las reviste la frase incomparable de Ciceron, sentimos impulsos de repetir las palabras del desapacible centurion de Persio, diciendo: «Cur quis non prandeat hoc est?». En efecto, durante siglos emplearon los hombres más ilustres del mundo civilizado su ingenio, su lengua y su pluma en preguntarse unos á otros cuyo era el bien supremo; si el dolor era un mal; si es el destino regulador de todo; si debemos estar ciertos de algo; si podemos estar ciertos de que no lo estamos de cosa ninguna; si el sabio puede ser desgraciado; si somos igualmente repreciables cuantas veces nos apartamos del sendero de la virtud; siendo evidente que una filosofía preocupada de asuntos tales y parecidos no era progresiva en modo ninguno. Podía, sí, aguzar y fortificar el ingenio de los que á ella se consagraban, ventaja que ofrecían también las discusiones de los liliputienses ortodoxos y de los blefuscudianos heréticos en órden á las dos extremidades de un huevo; pero nó añadir la partija más insignificante al dominio de la ciencia. Con ella, el ingenio humano marcaba el compas en

vez de marchar, y trabajaba tanto como hubiera necesitado para ponerse en movimiento y adelantar sin dar un paso ni salir del mismo sitio. No habia verdades acumuladas, verdades hereditarias adquiridas por medio del trabajo de una generacion y legadas á otra generacion para ser trasmitidas con las creces y aumentos debidos á otras sucesivas; en tiempo de Séneca se hallaba la filosofía en el mismo punto que en tiempo de Ciceron, y en la época de Favorino aún permanecía estacionaria; las mismas sectas luchaban siempre con los mismos insuficientes argumentos sobre los mismos interminables asuntos; nadie carecia de habilidad, de actividad y de celo; abundaban los indicios de cultura intelectual, pero faltaba la cosecha; como que despues de labrar mucho la tierra, y de escardarla, y de hacer la siega y la trilla, sólo habia en las trojes cizaña y rastrojo.

Los antiguos filósofos no tenian las ciencias naturales en poca estima; pero no las cultivaban con el fin de acrecentar el poder del hombre y mejorar su condicion. Y como el contagio de la esterilidad se habia extendido de las especulaciones sobre la ética á las especulaciones sobre la física, si bien Séneca escribió mucho acerca de la filosofía natural é hizo valer la importancia de su estudio, no fué porque propendiese á calmar el sufrimiento, á multiplicar los goces de la vida, á extender el imperio del hombre sobre el mundo material, sino lisa y llanamente porque aspiraba en todo á elevar el alma sobre las preocupaciones vulgares, á separarla del cuerpo y á utilizar en la solucion de problemas intrincados (1). No se consideraba, pues, la filosofía

(1) Séneca. *Nat. quest. pref.* lib. III.

natural sino como gimnasia del espíritu, y siendo sólo auxiliar del arte de la controversia, nada útil pudo producir.

Hubo una secta que, á nuestro parecer, habria debido, por absurdas y peligrosas que fueran algunas de sus doctrinas, ser excluida del anatema universal lanzado por Bacon sobre todas las escuelas de la sabiduría de los antiguos. Nos referimos á los epicúreos que, derivando el bien y el mal del placer y del dolor físicos, hubieran procedido en consecuencia consagrándose á mejorar su propia condicion física y la de sus vecinos; mas no pensó en ello ninguno de los sectarios, persuadidos como lo estaban, segun dice su gran poeta, de que ya no podian realizarse más progresos en las artes que procuran bienestar y xrecoo á la vida.

Ad victum quæ flagitat usus
Omnia jam ferme mortalibus esse parata.

Este desaliento y esta propension á extasiarse contemplando las obras de lo pasado y á persuadirse de que ya no sería posible producir nada más, caracteriza y distingue á todas las escuelas que precedieron á la escuela del fruto y del progreso; porque, por profunda que fuera bajo muchos aspectos la línea divisoria entre los epicúreos y los estóicos, unos y otros parecen haber estado perfectamente conformes en cuanto á despreciar las investigaciones, tanto más vulgares, cuanto más útiles y prácticas. Y como la filosofía de ambas sectas consistía en bachillerías y declamaciones insustanciales, enfáticas y quimeristas, y durante siglos enteros no hicieron otra cosa sino repetir sus respectivos gritos de guerra: «Virtud y Placer,» acabando por averiguarse que si poco habian aumentado los epicú-

reos el caudal del placer, ménos habian hecho aún los estóicos por el de la virtud, nos parece que no en el pedestal de la estatua de Epicuro, sino en el de la de Bacon debieran esculpirse aquellos versos tan hermosos que dicen:

O tenebris tantis tam clarum extollere lumen
Qui primus potuisti, illustrans commoda vitæ.

En el siglo v habia vencido el cristianismo al paganismo, pero quedando contaminado de su lepra, y simultáneamente corrompida y victoriosa su Iglesia, pasando á su culto los ritos del Panteon, y á su creencia las sutilezas de la Academia; que, como dice Bacon, la funesta fusion entre la nueva fe y la antigua filosofía se verificó en un dia desgraciado, á pesar de la pompa, solemnidad y magnificencia que rodearon el suceso (1). Cuestiones diferentes de las que preocuparon el ingenioso espíritu de Pyroho y de Carneades, pero tan sutiles, interminables y estériles como ellas, absorbieron las facultades y la volubilidad de los Griegos; y cuando la ciencia comenzó á reflorcer en Occidente, idénticas puerilidades embargaron el espíritu penetrante y vigoroso de los filósofos escolásticos, los cuales tambien sembraron vientos y recogieron tempestades. Y como todavía se reputaba por indigno de hombres ilustres trabajar en la grande obra de mejorar la condicion de la especie humana, los que lo intentaban se veían despreciados cual viles esclavos si sus propósitos eran fáciles de comprender, y si no, corrían peligro de ir á la hoguera, donde morían quemados cual si fueran brujos.

Nada será más eficaz á demostrar cuán extra-

(1) *Cogitata et Visa.*

viado se hallaba el humano espíritu en aquella sazón, que la historia de los dos acontecimientos más considerables que se verificaron durante la Edad Media: las invenciones de la pólvora y de la imprenta. Porque con ser por todo extremo famosas, así las fechas como los nombres de sus autores se ignoran completamente, y esto proviene no de que los hombres fueran entónces tan groseros é ignorantes que no pudieran apreciar la superioridad intelectual, pues el inventor de la pólvora era, á lo que se cree, contemporáneo de Petrarca y de Boccaccio, y el de la imprenta positivamente de Nicolás V, de Cosme de Médicis y de una multitud de sabios ilustres, sino de que el humano espíritu conservaba todavía los mismos resabios que hacia dos mil años, y de aquí la dificultad de que Jorge de Trebisonda y Marsilio Ficino se persuadieran de que más habia hecho por la humanidad el inventor de la imprenta que no ellos y que los escritores de la antigüedad cuyos sectarios entusiastas eran.

Al cabo llegó el momento en que debia sucumbir la filosofía estéril que por espacio de tantos siglos absorbió las facultades de los hombres eminentes; y despues de transformarse de diversos modos, de mezclarse á creencias várias, de sobrevivir á revoluciones en las cuales perecieron imperios, religiones, lenguas y razas, al ser expulsada de sus últimos baluartes, se refugió en el claustro de la Iglesia que habia perseguido, y á la manera de los demonios audaces del poeta, tomó asiento al lado del de Dios, osando arrostrar con sus tinieblas los resplandores de la luz divina (1).» Palabras y nada

(1) «next the seat of God,
And with its darkness dared affront his light.»

más que palabras, hé ahí el fruto recogido al cabo de sesenta generaciones de sabios famosísimos: pero estaban contados los días de tan infecunda exuberancia!

Muchas causas predisponian el espíritu público á un gran cambio, no influyendo poco para destruir el respeto ciego á la autoridad, que habia prevalecido cuando Aristóteles reinaba con imperio absoluto, el estudio de mucha diversidad de autores antiguos, sin que por eso nos atrevamos á sostener que dieron buena direccion á las investigaciones filosóficas. El advenimiento de la secta de los platónicos florentinos, á la cual pertenecian algunos de los más claros ingenios del siglo xv, no careció tampoco de importancia. Pues si la mera sustitucion de la filosofía académica por la filosofía peripatética no hubiera sido en verdad de gran provecho en sí, mucho se ganaba sólo con el hecho de romper serviles tradiciones, y de tener varios tiranos entre quiénes escoger; que del «choque de tan opuestas servidumbres, como advierte oportunamente Gibbon, brotaría una chispa de libertad.»

Muchas otras causas podríamos enumerar como determinantes de la gran reforma filosófica; pero todas cedén á la gran reforma religiosa, á la cual se debe principalmente. Porque habiendo sido tan íntima la liga entre la escuela y el Vaticano por espacio de siglos, los que rechazaban la dominacion del Pontífice no podian continuar reconociendo tampoco autoridad en la escuela, y trataban por tanto con desprecio la filosofía peripatética, y hablaban de Aristóteles cual si hubiera sido responsable de los dogmas de Santo Tomás de Aquino. «Nullo apud Lutheranos philosophiam esse in pretio,» era el cargo que constantemente repetian á los cismáticos

los defensores de la Iglesia de Roma, y que muchos jefes del protestantismo estimaban en tanto como el mayor de los elogios que pudieran hacerles. Pocos textos había, en efecto, más citados de los reformadores que aquel de San Pablo en el cual recomendaba mucho á los Colossianos «no dejarse nunca seducir de la filosofía,» llegando Lutero hasta el extremo de afirmar, muy á los principios de su carrera, que no era posible ser al propio tiempo discípulo de la escuela de Aristóteles y de la de Jesucristo; lenguaje que asimismo emplearon Zwínglio, Bucer, Pedro el Mártir y Calvino, y con cuyo espíritu se identificaron de tal modo algunas universidades escocesas, que rechazaron el sistema de Aristóteles para seguir el de Ramus. Por tal modo, ántes de nacer Bacon, ya estaba quebrantado hasta sus cimientos el imperio de la filosofía escolástica, echándose de ver por todas partes en el mundo intelectual muestras evidentes de un estado de anarquía parecido al que suele suceder en el mundo político á la caída de los gobiernos tradicionales y profundamente arraigados; y era que la antigüedad, la prescripción y la grandeza de los nombres ya no ponían miedo á ninguno, ni existía la raza que había reinado durante tantos siglos, y que los pretendientes se preparaban á reñir grandes batallas por la posesión del trono vacante.

La primera consecuencia de aquella revolución trascendental fué, como lo advierte Bacon, imprimir exagerada importancia por cierto tiempo á las galas del estilo exclusivamente; que la nueva raza de literatos, los Ascham y los Buchanan, familiarizados con las obras más admirables del siglo de Augusto, miraban desdeñosamente la fraseología revesada, seca y bárbara de los filósofos disputado-

res, y ántes atendían á la forma de los escritos que no á su fondo, logrando por tal modo reformar la latinidad, sin pretender reformar la filosofía en ningún caso.

Entónces apareció Bacon, siendo inexacto decir, como ya se ha hecho con insistencia por algunos, que fuera el primero en rebelarse contra la filosofía de Aristóteles, reina del mundo y en la plenitud de su poder. Porque, y ya hemos demostrado esto anteriormente, la autoridad de la filosofía aristotélica estaba herida de muerte mucho tiempo ántes de que naciera Bacon, razón por la cual algunos pensadores, entre quienes Ramus era el más conocido, intentaron fundar nuevas sectas. Si dudas quedaran en orden al estado de la opinión pública en tiempo de Lutero, las palabras tan claras y enérgicas de que se vale Bacon para caracterizarlo las disiparían. «Accedebat, dice, odium et contemptus, illis ipsis temporibus ortus erga scholasticos.» Y más adelante añade: «Scholasticorum doctrina despectui prorsus haberi cœpit tanquam aspera et barbara (1).» En cuanto al papel que representó Bacon en aquel cambio, ántes fué de Bonaparte que no de Robespierre. Habíase derribado y destruido el orden antiguo de cosas, y si bien unos cuantos fanáticos retrógrados conservaban con fidelidad extremada el recuerdo de la pasada monarquía y trabajaban en favor de la restauración, no pensaba así la mayor parte, la cual, empero, aunque libre y emancipada, ni sabía cuyo rumbo tomar, ni tenía jefe capaz de dirigirla.

El jefe se presentó al fin. La filosofía que profe-

(1) Léanse estos párrafos en el primer libro del *De Augmentibus*.

saba era nueva de todo en todo, y difería de la de aquellos maestros más renombrados de la antigüedad, no sólo en el método, sino en el fin, siendo este el bien de la humanidad en el sentido que siempre atribuyó y habrá de atribuir á la palabra *bien* la especie humana. «Meditor, dice Bacon, *instauratiōnem philosophiæ ejusmodi quæ nihil inanis aut abstracti habeat, quæque vitæ humanæ conditiones in melius provehat* (1).»

Nada tan eficaz en nuestro concepto á demostrar la diferencia entre la filosofía de Bacon y la de sus predecesores, como la comparación de sus ideas en ciertos puntos importantes con las de Platon; y damos á éste la preferencia convencidos de que contribuyó cual ninguno á señalar á los pensadores el rumbo que debían seguir hasta que les imprimió nuevo impulso en dirección diametralmente contraria el filósofo inglés.

Y en efecto, digno es de observar cómo apreciaban de diverso modo varones tan eminentes la importancia de los ramos de la ciencia, por ejemplo, la aritmética. Porque después de reconocer de pasada, y acaso con ligereza, la ventaja de poder contar y calcular en las transacciones usuales y corrientes de la vida, trata Platon de aquello que constituye á su parecer la más importante utilidad de los números, diciendo que el estudio de sus propiedades familiariza el espíritu con la contemplación de la verdad pura, y lo eleva positivamente sobre el nivel del mundo material; pero no lo recomienda el sabio á sus discípulos, para fines comerciales, sino para enseñarlos á distraer el ánimo del espectáculo mudable siempre del mundo material,

(1) *Redargutio Philosophiarum.*

siéndolo en la esencia inmutable de las cosas (1).

Bacon, por el contrario, tanto más apreciaba esta rama de la ciencia, cuanto era más grande la utilidad que reportaba al mundo material tan despreciado de Platon; y hablando desdeñosamente de la aritmética mística de los últimos platónicos, deplora la predisposición de los hombres á emplear en asuntos de mera curiosidad facultades que deberían aplicarse á cuestiones útiles y prácticas, y encarece á los aritméticos que abandonen tales naderías y trabajen para combinar expresiones cómodas que puedan aplicarse provechosamente á las investigaciones físicas (2).

Las mismas razones que obligaban á Platon á recomendar el estudio de la aritmética, influían su ánimo en favor del de las matemáticas. Y si la muchedumbre de los geómetras no lo comprendía, era, según él, porque sólo se preocupaba de lo práctico, ignorando que los verdaderos fines de la ciencia no son otros sino elevar los hombres al conocimiento de la verdad abstracta, esencial y eterna (3). A dar crédito á Plutarco, Platon extremaba de tal modo sus convicciones en la materia y hallaba tan degradante para la geometría verla empleada en fines de vulgar utilidad, que habiendo inventado Arquitas, con el auxilio de las matemáticas, ciertas máquinas de fuerza extraordinaria (4), el filósofo le manifestó su desagrado, diciéndole que rebajaba un nobilísimo ejercicio intelectual em-

(1) *República* de Platon, lib. vii.

(2) *De Augmentis*, libro iii, cap. vi.

(3) *República* de Platon, lib. vii.

(4) Plutarco. *Sympos.* viii y *Vida de Marco*. Aulo Gellio y Diógenes Laerte mencionan asimismo las máquinas de Arquitas.

pleándolo en aquello, y asimilándolo por tal modo á los oficios más viles; que no debía servir á las necesidades materiales de la humanidad la geometría, concluía Platon, sino á disciplinar el espíritu; prevaleciendo tanto estas ideas, que, al decir de Plutarco, se reputó por indigna de filósofos la ciencia de la mecánica.

Más tarde Arquímedes imitó y aventajó á Arquitas; y como tampoco Arquímedes pudo emanciparse de las ideas generalmente admitidas á la sazón, no sin grandísimo esfuerzo descendió á las veces del ideal teórico á la práctica, y no sin avergonzarse casi de sus propias invenciones, tan admiradas entonces de los pueblos enemigos, hablaba de ellas siempre con desden, como de cosa baladí, que podía tomarse por diversion y esparcimiento del ánimo, cuando el matemático había consagrado la suma de su ciencia y de su estudio á sus fines más principales y elevados.

En esto diferían esencialmente las ideas de Bacon de las profesadas por los filósofos antiguos, pues tanto más le agradaba la geometría, cuanto era más aplicable al objeto que tanto despreciaba Platon, mereciendo consignarse que fueron arraigándose y subiendo de punto estas convicciones en el ánimo de Bacon á medida que avanzaba en años. Pues si cuando en 1605 escribió sus dos libros acerca del *Progreso de la ciencia*, insistiendo mucho en orden á las ventajas que reporta la humanidad de las matemáticas mixtas, reconoció al propio tiempo que los saludables efectos producidos sobre la inteligencia por el estudio de las matemáticas, aunque sólo fueran ventajas colaterales, «no eran ménos importantes y dignos de ser tenidos en cuenta que sus fines principales y propios,» veinte años despues, al

publicar el *De Augmentibus*, que no es otra cosa sino el tratado sobre los *Progresos de la ciencia*, muy corregido y aumentado, como quiera que sus ideas se hubieran reformado ya para entonces de manera sensible, hizo cambios de la mayor importancia en la parte referente á las matemáticas, censurando en términos duros las exageradas pretensiones de los matemáticos, «delicias et fastum mathematicorum;» y considerando el bienestar de la humanidad como fin de la ciencia (1), dijo que la matemática no podía tener derecho á mayores prerogativas que á las de auxiliar ó dependiente de las otras ciencias. «La ciencia matemática es sierva de la filosofía natural, expuso; fuerza es que permanezca en su lugar correspondiente, y no alcanzo, añadió, por qué tuvo la osadía de pretender colocarse más alta que su señora.» Predijo, y su predicción hubiera hecho estremecer á Platon, que cuantos más descubrimientos se hicieran en las ciencias físicas, más ramas existirían de matemáticas mixtas, y no escribió una sola palabra respecto de las ventajas colaterales cuya importancia le parecía tan grande veinte años ántes; omision que no puede atribuirse á olvido, porque tenía el anterior tratado delante de los ojos al escribir el nuevo, y suprimió de su propio movimiento cuanto contenía favorable al estudio de las matemáticas puras, reemplazándolo con mordaces sarcasmos en contra de los sectarios apasionados de su estudio.

A nuestro parecer, esta conducta de Bacon se explica sólo recordando que, con el trascurso del tiempo, se aficionó, acaso de una manera exagerada, el filósofo, á las investigaciones que tienden direc-

(1) Usui et commodis hominum consulimus.

tamente á mejorar la condicion de la humanidad, menospreciando, acaso de igual modo tambien, las que no dan ningun resultado práctico, y que temia valerse de palabras eficaces á inducir los hombres ilustrados á emplear en pensamientos únicamente útiles al espíritu del pensador uno solo de los instantes que habria podido utilizar extendiendo los limites del imperio humano sobre la materia (1). Si Bacon incurrió en error al proceder así, debemos declarar el suyo, en nuestro concepto, preferible al contrario de Platon, pues una filosofía que pone tanto empeño en ser estéril para no caer en vulgaridad, así es absurda é irritante como la conducta de las matronas romanas que, para no perder la esbeltez del talle, tomaban abortivos.

Pásemos á la astronomía, ciencia cuyo estudio recomendaba Platon á sus discipulos por razones muy diferentes de las admitidas entónces. «¿Clasificaremos la astronomía, dijo Sócrates, entre los asuntos dignos de estudio?—Tal pienso, le contestó su amigo, el jóven Glaucó, pues el conocimiento de las estaciones, de los meses y de los años, así es útil para la guerra, como para la agricultura y la navegacion.—Cáusame risa ciertamente, replicó Sócrates, veros tan temeroso de que os acúsen algun dia de recomendar estudios inútiles (2);» y luégo se puso á explicarle, con palabras tan sublimes que, al decir de Ciceron, Júpiter mismo no las habria tenido mejores si hubiese hablado el griego, cómo la astronomía es ajena de todo punto al acrecentamiento del bienestar ordinario de la vida, y

(1) Compárense los pasajes relativos á las matemáticas en el segundo libro del *Progreso de la ciencia* y en el *De Augustis*, lib. III, cap. VI.

(2) *Rep.* de Platon, lib. VII.

eficaz sólo como auxiliar del alma para contribuir á elevarla á la contemplacion de aquellas cosas que sólo el espíritu puro puede concebir. Sócrates considera de poca importancia el conocimiento exacto de los cuerpos celestes y de sus evoluciones; y los aspectos que presenta el cielo durante la noche y le prestan hermosura no son, á su parecer, sino á manera de figuras geométricas trazadas en la arena, meros ejemplos y puntos de apoyo para los espíritus débiles, siendo necesario ir más léjos, y abandonarlos por tanto, hasta llegar al punto de una astronomía tan independiente de las estrellas visibles como lo es la verdad geométrica de las líneas de una figura mal trazada. Esta es, con muy corta diferencia, la astronomía que Bacon comparaba con el toro de Prometeo (1), de piel reluciente y proporciones correctas, pero relleno de paja: muy agradable á la vista, mas sin sustancia ninguna nutritiva. Y se quejaba de que la astronomía hubiera sido separada de la filosofía natural, una de cuyas ramas principales era, para caer bajo el dominio de las matemáticas; «porque, decia, el mundo há menester de otra diferente astronomía, de la *astronomía viva*, de una astronomía que dé á conocer la naturaleza, influencia y movimiento de los cuerpos celestes, tales cuales son en realidad (2).»

Platon no daba mucha importancia tampoco á la más útil y hermosa de las invenciones humanas, cual es la del alfabeto, persuadido como lo estaba probablemente de que la práctica de las letras ejer-

(1) *De Augustis*, lib. III, cap. IV.

(2) «Quæ substantiam et motum et influxum cælestium, prout re vera sunt, proponet.» Compárense estas palabras con las de Platon, cuando dice: *εὐτὰ δὲ ἐν τῷ οὐρανῷ ἐάσομεν.*

cia en el espíritu la misma influencia que las andaderas ó el corcho en el cuerpo cuando aprendemos á echar el paso ó á nadar, pues, según él, así las andaderas como el corcho acaban por ser indispensables á los que usan de una ú otra cosa, y ambas son ocasionadas á inutilizar primero los esfuerzos más vigorosos, haciéndolos imposibles luego. Creía que las facultades del humano espíritu se habrían desarrollado mucho mejor sin este apoyo ilusorio, porque faltándoles habrían tenido que ejercitar la inteligencia y la memoria, y apoderarse por completo de la verdad á fuerza de meditar profunda y asiduamente. No así cuando se trasmite al papel mucha ciencia, pues entónces se atesora poca en la memoria. «Ni tampoco es posible otra cosa, prosigue Platon; porque como los hombres se hallan ciertos de hallar en un instante cuantas noticias y datos necesitan, no se preocupan de retener nada, siendo injusto por esta causa decir ahora que saben más ó ménos, pues las apariencias demuestran lo que desmiente la realidad.» Estas opiniones las puso Platon en boca de un rey de Egipto (1); pero es evidente que asimismo eran las suyas personales, como lo entiende también Quintiliano (2), por hallarse perfectamente relacionadas con todo su sistema filosófico.

Las miras de Bacon eran muy diferentes, como puede suponerse (3), pues dice que las facultades de la memoria no son eficaces al progreso de las ciencias útiles sin el auxilio de la escritura; y si bien reconoce que la memoria suele alcanzar desarrollo tan extraordinario que realiza verdaderos prodios,

(1) Platon, *Paedrus*.

(2) Quintiliano, XI.

(3) *De Augmentis*, lib. v, cap. v.

gios, les da muy poca importancia, siendo tales las tendencias de su espíritu, que no se halla dispuesto en modo ninguno á entusiasmarse por los grandes ingenios cuando no son prácticamente útiles á la humanidad; y en cuanto á los esfuerzos prodigiosos de la memoria, los considera de igual modo que los equilibrios de los volatines ó los escamoteos de los prestigiadores; como que «son, dice, operaciones de igual naturaleza: la una patente abuso de las fuerzas intelectuales, y la otra de las físicas; y si ambas pueden causarnos sorpresa y asombro, ninguna tendrá jamás derecho á la menor muestra de respeto.»

Platon consideraba la medicina como ciencia de muy dudosa importancia (1), y si no hizo ninguna objecion al uso de remedios enérgicos para curar las enfermedades agudas ó los males causados por accidentes, siempre mostró la mayor indiferencia respecto del arte que resiste y lucha con el lento estrago de las dolencias crónicas, que restituye la salud á los cuerpos achacosos, y que prolonga la existencia cuando ya el espíritu parece hallarse á punto de abandonar la materia; que la vida disputada por tal modo á la destruccion con los esfuerzos científicos, no le parecia sino muerte. «Bien está, decía, que se tolere el ejercicio de la medicina, para que, merced á ella, puedan curarse las indisposiciones pasajeras de los hombres bien constituidos; mas en cuanto á los que no se hallan en este caso, lo mejor será dejarlos morir sin remedio; porque son inútiles é impropios, así para la guerra y para la magistratura, como para el gobierno de sus asuntos particulares y domésticos; para las investigaciones científicas, como para los estudios

(1) *República* de Platon, lib. III.